

Los primeros trazos del mapa: la “ciudad letrada” de Gabriel René Moreno*

First traces on the map: the “lettered city” of Gabriel René Moreno

Clara María Parra Triana**

RESUMEN

Este artículo ofrece un acercamiento crítico interpretativo al texto de Gabriel René Moreno, *Últimos días coloniales en el Alto Perú* (1896), considerando como eje central la anticipación con la que se utiliza el concepto de “ciudad letrada” y el modo en que se elabora el relato histórico exegético desde la particular conformación del archivo preindependentista. Se analiza el discurso historiográfico de Moreno desde las perspectivas históricas de Dominic LaCapra y José Luis Romero, con el fin de establecer el aporte del documentalista y bibliógrafo boliviano a los actuales debates en torno a las relaciones de poder letradas y los ejercicios de resistencia, a partir del uso de la oralidad popular.

Palabras clave:
historiografía
decimonónica,
ciudad letrada,
escritura, oralidad.

ABSTRACT

This article offers a critical and interpretative approach to Gabriel René Moreno's work, *Últimos días coloniales en el Alto Perú* (1896). As a central theme, we consider an outlook of the concept “lettered city” and the historical and exegetical narrative from the pre-independence archive's distinct layout. Our analysis will dive into Moreno's historiographical discourse from Dominic LaCapra and José Luis Romero's historical perspectives. We want

Keywords:
Historiography,
Lettered city,
Writing, Orality.

* Este artículo fue escrito con el apoyo de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Concepción, Chile, en el marco del proyecto VRID-Enlace n° 218062056-1, titulado “Latinoamericanismo de la descomposición: una lectura de su crítica y de su crisis”, donde soy investigadora responsable. Agradezco además las lecturas y comentarios críticos de la profesora Catherine Colters Illescas, de la Universidad de Concepción y de los profesores Raúl Rodríguez Freire y Hugo Herrera Pardo, de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

** Colombiana. Doctora en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Concepción. Profesora Asistente de la misma casa de estudios, Concepción, Chile. claraparra@udec.cl

to establish the Bolivian documentalist and bibliographer’s contribution to current debates surrounding power, lettered powered relation from the perspective of popular orality.

Introducción

Cuando se estudia el discurso independentista americano, la centralidad de la elocuencia parlamentaria y las proclamas de las nuevas naciones, entre otros fenómenos histórico-literarios, suele concentrarse la atención en el lugar que ocuparon las grandes voces de letrados e intelectuales que protagonizaron las disputas emancipatorias, los discursos nacionales y las demandas proindependentistas ligadas al gran relato americanista; junto con esto, se encuentra un uso y registro de lengua mayor, central y regulada que ha dejado fuera el lugar que ocupó el uso de la oralidad en la formación del discurso emancipador de las naciones americanas.

Respecto de la dinámica del uso autorizado de la lengua en la tecnología de la escritura y de cómo este uso configuró las relaciones sociopolíticas de las sociedades americanas se encargó Ángel Rama en su clásico texto, *La ciudad letrada* (2004) en donde, además, se acuñó el concepto homónimo afianzado en la expresión metafórica que otorga la plasticidad conceptual al fenómeno; sin obstar al aporte del libro de Rama, cabe reconocer que en este la atención a la oralidad se supeedita a los márgenes sociales que recurren a su uso.

Este vacío que se aprecia en los estudios referidos al temprano siglo XIX hispanoamericano¹ puede llegar a suplirse con el análisis de textos como el de Gabriel René Moreno, *Últimos días coloniales en el Alto Perú* (2003), cuyo aporte a los actuales estudios acerca de las tecnologías de la palabra autorizada, la conformación del archivo tardocolonial y proindependentista y, las condiciones de posibilidad para el surgimiento de lenguajes disidentes que cambiaron las estructuras de orden, las relaciones sociales y las expresiones individuales y co-

1 En "*Ilustración y delirio en la construcción nacional en las fronteras de la Ciudad letrada*" (2004), Mabel Moraña plantea la pregunta acerca de la formación del sujeto colectivo que acogería el discurso ilustrado y modernizador, cuyo impulso expandiría el proyecto emancipador. La crítica sostiene que se necesita revisar el modo en que se elaboran esas subjetividades colectivas en la transición colonia-república del temprano siglo XIX hispanoamericano. Para dar respuesta a ello, realiza un análisis del texto de Simón Bolívar "Mi delirio en el Chimborazo", en donde encuentra el sueño y la planificación de la nación, "negociando los límites de la ciudad letrada y la ciudad real" (92); si bien Moraña pone en franca duda la generalización historiográfica sobre el genio ilustrado del discurso de la emancipación —con lo cual estamos de acuerdo—, continúa trazando los límites de la ciudad letrada desde el centro de la misma: la voz de Bolívar es acá la del libertador letrado, ilustrado, convencido, además, del proyecto modernizador para las naciones americanas.

munitarias, puede resultar relevante sobre todo si se lee la potencial diseminación categorial que poseen ciertas acepciones teórico críticas del pensamiento latinoamericano en el archivo finisecular.

La hipótesis del presente estudio sostiene que en la señalada obra de Gabriel René Moreno se encuentra expuesta la disputa entre la escritura oficial y el habla cotidiana como la simiente de la eclosión independentista americana; pero además en ella encontramos una anticipación del uso de la categoría “ciudad letrada”, cuyo recurso exhibe la escisión entre la reglamentación de los códigos coloniales y la pulsión de la vida real callejera. El uso anticipado de esta noción se aprecia como una expresión descriptiva implementada por Moreno para afirmar que en el habla callejera se forjaron las inquietudes independentistas, más que en la palabra de los letrados.

Hacemos la salvedad de que acá no pretendemos postular a Moreno como un precursor de Ángel Rama y de su categoría, pues ello supondría evidenciar a lo menos, la lectura que Rama haya podido hacer de Moreno, lo que por ahora no puede sostenerse. Al reivindicar a Moreno como un “anticipador” buscamos, por un lado, valorar su trabajo con el archivo minoritario tardo colonial; evaluar su escritura historiográfica en el carácter crítico que ostenta; y, por último, ampliar la discusión teórico crítica del archivo latinoamericano hacia escrituras menos centrales, pero igualmente relevantes para la discusión contemporánea. Con dicho fin recurrimos, en primera instancia, a una revisión crítica del concepto de Ángel Rama, pues esto ayudará a clarificar su lugar dentro del panorama crítico latinoamericano; posteriormente, hacemos una contextualización de la obra de Gabriel René Moreno, con el fin de apreciar su posición dentro de la vida intelectual finisecular del cono sur; para concluir con un acercamiento a la obra en cuestión y enfocar el análisis en la relevancia que le otorga Moreno a la oralidad como recurso de resistencia.

1. La ciudad letrada de Ángel Rama

Este concepto metáfora tiene su consolidación en la obra de Ángel Rama, *La ciudad letrada*, aparecida de manera póstuma en 1984². Ha-

2 En el reciente estudio de José Eduardo González, *Appropriating theory. Ángel Rama's critical work* (2017) se encuentra una revisión del texto de Rama en relación con

blamos de concepto-metáfora³ por cuanto su sentido y configuración semántica se deben tomar en la asociatividad de sus dos componentes: la “ciudad” y lo “letrado”, entendidos en su carácter histórico y localizado, asociado con las dinámicas culturales propias de la sociedad colonial latinoamericana, los procesos independentistas, el advenimiento de las ideas y prácticas modernizantes, así como de los convulsos movimientos revolucionarios que ganaron protagonismo durante el siglo XX latinoamericano. Por lo tanto, su sentido no se puede desligar de la obra que lo consolida y del uso particular que su autor le otorga para la comprensión y explicación de las agencias letradas, aun cuando su uso hoy en día se haya convencionalizado como una frase nominal que designa el poder diferencial que los hombres de letras (letrados, intelectuales y escritores) ostentan en medio de la sociedad que los sostiene, además de la relación problemática y contradictoria que la letra —en tanto dispositivo— establece con las fuerzas de control, emancipación, liberación y/u oposición a los centros de poder. Esto último

las circunstancias del exilio que influyeron en la escritura del crítico uruguayo, en particular en la elaboración de *La ciudad letrada*, cotejándola a su vez con lo afirmado por Edward Said a propósito de las circunstancias de la escritura de *Mimesis*, de Erich Auerbach. Para González, lo que Said lee como una afirmación positiva en las condiciones diaspóricas del escritor alemán, se hace condición negativa en Rama, lo que le permite realizar la crítica al poder letrado latinoamericano, sobre todo en lo relacionado con el logro de la democracia; en palabras de González, “[a] reading of Rama’s experience in exile requires then not only a rejection of Said’s view of exile as a necessarily productive isolation, but also an explanation on how Rama’s view of writing challenges Said’s theory of writing as ‘home’ a description of Rama’s concept of writing as a negative, always corrupting force and as an antidemocratic activity by nature. Such a conception of writing is at the center of *The Lettered City*” (147). (...) The demonization of writing reveals that democracy has been exiled from writing (...) In Rama’s case, however, writing fails to become a writer’s home” (164).

3 Con sus más de treinta años de aparición, este concepto es uno de los que mayor recepción ha tenido dentro de la teoría crítica latinoamericana y dentro de la obra de Rama —solo equiparable a transculturación narrativa—, pues incluso se reconoce que ha dado pie a debates inter y transdisciplinarios como lo son los asociados a la historia de los intelectuales en América Latina, las trayectorias de la letra en esta América, las disputas entre oralidad y escritura, los desencuentros entre lo culto y lo popular y, más recientemente, las relaciones problemáticas entre letra e imagen en el orbe cultural latinoamericano. Véase, por ejemplo, el texto de Joanne Rappaport y Tom Cummins, *Más allá de la ciudad letrada: letramientos indígenas en los Andes* (2016). Un buen resumen de la recepción crítica del texto de Rama se encuentra en el texto de Hugo Herrera Pardo, “Errancias por el laberinto de los signos. En torno a *La ciudad letrada* y sus debates” (2019), ya que el autor organiza las tendencias de lectura estableciendo “cinco bloques de críticas” (35), a saber: “Homogeneidad del objeto de estudio”, “Cuestionamiento a la hipótesis de trabajo”, “Crítica del presupuesto de la autonomía literaria”, “Extrapolaciones teóricas” y “Generalización a partir de casos ejemplares”. De este modo, Herrera Pardo revisa y filtra las voces más relevantes para el estudio de esta obra y de sus categorías centrales.

permite apreciar que la ciudad letrada no puede comprenderse sin su obligado correlato en la dinámica política que sustenta las prácticas de la letra. De modo que, hablar de ciudad letrada nos obliga, entre otras cosas, a dimensionar los alcances políticos de la letra en su uso y en su régimen, ya que el mismo Rama calificó este texto como “ensayo que explora la letrada servidumbre del poder” (33).

Como es bien sabido, en el texto del crítico uruguayo se encuentra una reflexión respecto de lo que fuera el comportamiento de los letrados en la América Latina colonial y moderna. En ese texto se destaca (a pesar de las críticas que ha suscitado a lo largo de más de treinta años de recepción) la evaluación del comportamiento del sujeto letrado criollo, cuya oscilación dentro de las relaciones de poder vislumbró la actitud acomodaticia de los grupos letrados, que no siempre fueron guiados por un sentido libertario o crítico ante los estamentos que simpatizaban con el *statu quo*. El concepto de ciudad letrada apunta a la formación de un espacio organizado en torno a un centro constituido por grupos e individuos que representan el poder institucionalizado, a partir del manejo de la tecnología de la palabra escrita, su carácter influyente y plenipotenciario⁴.

Para explicar el concepto es preciso decantar la distinción sobre la cual Rama realiza su propuesta y que opera en una triada: la ciudad real, la ciudad letrada y la ciudad ideal. Es en este orden en el que se presentan, siendo la segunda deudora de la anterior y así sucesiva-

4 En la entrada “Ciudad letrada” del *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* (2008), Juan Pablo Dabove resalta varios rasgos del concepto que consideramos relevantes para la discusión que acá proponemos. En primer lugar, Dabove evidencia la “rara coherencia del enfoque” (55) del texto de Rama que no constituye un estudio de carácter historiográfico ni analítico, siendo más bien una muestra de estudios culturales latinoamericanos en su procedimiento que apunta a la agencia de las instituciones, el grupo de individuos que constituye este lugar simbólico, así como las prácticas discursivas que les aseguran su existencia y visibilidad. De la misma forma, Dabove exhibe la manera en que *La ciudad letrada* estableció la necesidad de confrontar la ética con la que los intelectuales latinoamericanos han ejercido su oficio en relación con el poder. De este modo, Dabove la denomina “máquina semiótica” (57), por cuanto se enfatiza en su capacidad y necesidad de controlar desde la influencia y legitimidad de las prácticas. El académico cierra su intervención indicando las lecturas críticas más relevantes que ha sufrido la obra de Rama: “las empresas teórico-críticas que buscan prolongar o afinar las intuiciones de Rama”, los “estudios que buscan poner de relieve los modos en los que la ciudad letrada latinoamericana ha concebido a sus otros” y “la línea de estudios que busca definir y dar cuenta de aquellas instancias culturales que exceden los límites de la ciudad letrada” (59).

mente. Para Rama, en la construcción de la ciudad real se constituye paulatinamente la ciudad letrada definida por la acción a partir del uso de los signos (Rama 32) creadores de mensajes y de modelos culturales basados en la comunicación social y en la rigidez de la norma lingüística fijada en la escritura, cuyo circuito se hizo cada vez más reservado. A medida que avanza la argumentación de Rama, la ciudad letrada se va oponiendo radicalmente a la real, por cuanto de esta última parecen surgir las variaciones, la fluidez y las innovaciones no solo lingüísticas sino también sociales, políticas y económicas:

La ciudad real era el principal y constante opositor de la ciudad letrada, a quien esta debía tener sometida: la repentina ampliación que sufrió bajo la modernización y la irrupción de las muchedumbres, sembraron la consternación, sobre todo en las ciudades de importante población negra o inmigrante, pues en la América india el antiguo sometimiento que la iglesia había internalizado en los pobladores seguía sosteniendo el orden. (76)

De allí que la ciudad letrada se levante desde la ciudad real y rápidamente se le oponga por plegarse a la norma de las minorías letradas que buscarán el imperio de la letra por sobre la realidad de la palabra hablada. El curioso giro de esta dinámica lo observa Rama en el advenimiento de la actividad emancipadora de inicios del siglo XIX, cuando la lengua del orden dio paso a las revoluciones independentistas. Para ese momento, el anhelo de la ciudad ideal, el proyecto de ciudad organizada bajo el signo del orden se había convertido en una especulación cada vez más distante de la ciudad real expansiva, heteróclita y creadora; por lo tanto, lo que elabora Rama en su texto es la pujante lucha de la ciudad letrada (en tanto sujeto y en tanto espacio simbólico) por contrarrestar la proliferación de la ciudad real y proyectar al mismo tiempo la ciudad ideal.

1.1. La obra de Gabriel René Moreno

La escritura de Gabriel René Moreno (1834-1908) —historiador, bibliógrafo y crítico literario boliviano— es una muestra de los tránsitos que realizaron los intelectuales del maduro siglo XIX hispanoamericano desde la crítica literaria hacia la escritura de la historia, y de esta al constante regreso a las fuentes; ejemplo de ello es *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, pues allí se encuentra una interpretación de los

eventos históricos engarzada con la consolidación de una visión del presente, amparada por un particular sentido de la vida social. Vale la pena recordar las circunstancias en las que Gabriel René Moreno escribió *Últimos días coloniales...*: lejos de su natal Bolivia⁵, Moreno se vinculó con el movimiento intelectual de la segunda mitad del siglo XIX en Chile, en el que los discípulos de Andrés Bello, los intelectuales exiliados argentinos, los grandes maestros chilenos tales como Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y José Toribio Medina, entre otros, estaban adelantando magnos proyectos intelectuales, a saber: publicaciones centrales como la *Revista del Pacífico*, la *Revista de Artes y Letras* y la *Revista Chilena*, el establecimiento de sociedades intelectuales para la instrucción pública, la organización de los primeros catálogos regionales y bibliotecas nacionales; todo ello impulsado por proyectos individuales y privados, lo que motivó al joven estudio a emprender la tarea de crítico literario ocupándose inicialmente de los poetas románticos bolivianos de manera temprana (lo que podemos apreciar en sus publicaciones de la *Revista del Pacífico*) para, posteriormente, dedicar mayores esfuerzos a la labor de bibliógrafo, mediante la implementación de métodos personalísimos de recolección, clasificación, catalogación y anotación de lo que sería la primera biblioteca boliviana y altoperuana, a partir de la cual trabajarían sus sucesores.

En consecuencia, la peculiaridad del texto de Moreno no reside solo en el manejo de las fuentes consultadas por el autor; más distintiva resulta su apuesta escritural en la que la voluntad de narrar converge con el impulso y la tentación de interpretar el tejido de simpatías y

5 La escritura de *Últimos días coloniales...* se desarrolla en el contexto de la diáspora política experimentada por el autor, tanto al salir de Bolivia como al salir de Chile. El asunto de su obra entonces, bajo la expresión de sostenida ironía, cuestiona la pretendida centralidad y autoridad del secretismo letrado poniendo en duda, a su vez, la legitimidad de las prácticas letradas ligadas al poder. En este sentido, el parentesco con las condiciones de producción de la escritura ramiana trasluce la condición crítica aportada por el exilio político y cómo este puede detonar el desarrollo de posiciones evaluativas ante el mecanismo regulador de la escritura. En resumen, esta es también una manifestación de escritura crítica acerca del ejercicio de escribir, cuyo resultado en Rama es el pesimismo ante la posibilidad democrática, mientras que en Moreno emerge un relato deslegitimador del proyecto ilustrado republicano. Al respecto, se puede ver que en la colección sobre bibliógrafos chilenos, Guillermo Feliú-Cruz realiza un interesante recorrido por los trabajos de Moreno, posicionando su obra durante más de tres décadas de producción historiográfica y crítica (que va desde 1865 hasta 1908), interrumpida por sus viajes a Bolivia y su obligada salida de Chile, a causa de la Guerra del Pacífico.

diferencias dentro de las instituciones y aparataje burocrático colonial. Además, se puede considerar a Moreno un escritor modernista, porque estableció los contornos de una evaluación historiográfica basada en la lectura crítica de las fuentes, la cual denunciaba la crisis y nulidad de cualquier proyecto moderno-ilustrado, edificado sobre bases premodernas tales como la elocuencia eclesiástica, el fervor a la Corona y el soterrado temor de la sociedad americana a implementar mecanismos políticos que le aseguraran su independencia.

En este sentido, se aprecia que el método del historiador y bibliógrafo boliviano consistió en la recolección de todo vestigio que pudiera tener alguna significación para comprender e interpretar el lastimoso presente pretendidamente poscolonial; o, para decirlo en los términos de Dominick LaCapra (2012), el procedimiento de Moreno fue el de reconstruir una realidad basándose en “restos ‘textualizados’ del pasado” (241)⁶ para revelar que fue la Colonia con sus mecanismos administrativos, legales y ceremoniosos, la que convirtió la escritura en material para ser leído desde una posición irónica que evalúa el pasado conservador y “libremente oscilante” de los “doctores de dos caras” (como los denomina Moreno), cuyo carácter acomodaticio otorgó a los procesos culturales altoperuanos ese casticismo proespañol difícilmente disimulado, que es materia y recurso del más destacado humorismo modernista de esta escritura historiográfica.

Nuestro autor elabora los argumentos que muestran los entreteñidos y los antagonismos de esa “cuádruple corte eclesiástica, forense, literaria y social” (3), puesto que al relato de la vida ordinaria en la capital altoperuana le superpone la narración de los eventos que removieron esa pretendida armonía desde el recurso utilitario que realizaron los actores sociales de la letra y la palabra oficiales, para así establecer una relación de hechos que exhiben la porosidad de la vida social, cuya filtración en los eventos oficiales los hizo tambalear, desde

6 De Gabriel René Moreno dijo Rafael Gutiérrez Girardot (2011) que “pretendió evidentemente fundar una historiografía hispanoamericana, esto es, una historiografía que no considera lo acontecido como pasado muerto sino como vida histórica” (98). Si consideramos lo que significa pensar y escribir la historia como vida latente, vigente y, por lo tanto, cambiante, comprendemos mejor que *Últimos días coloniales...* es tanto la reconstrucción de eventos de relevancia política, como el ejercicio comprensivo de lo que tiene del pasado el presente de la escritura y de la lectura, es decir, las consecuencias de los hechos que se experimentan en la actualidad y que mantienen vivo ese pasado.

sus bases, hasta provocar esa descarga heterogénea de posiciones sociopolíticas que constituyen la vida histórica.

Recurrimos a la noción de “vida histórica” tal como la elaboró José Luis Romero (2008) en su texto homónimo, por cuanto este concepto cuestiona el “espíritu crítico de los historiadores”. El historiador argentino señala que la ciencia histórica no se ocupa solo del pasado, sino que además problematiza dicho pasado como “vida histórica vivida” y “vida histórica viviente”; esta última se proyecta como flujo continuo hacia un tiempo que no ha transcurrido (17). Sin pretender limitar la noción de vida histórica a su acepción cronológica, Romero establece que son el “tiempo”, el “transcurso” y el “cambio” los factores que permiten debatir historiográficamente con los tres conceptos centrales de la vida histórica: el sujeto histórico, la estructura histórica y el proceso histórico. Apreciamos en *Últimos días coloniales...* que la constitución del pueblo en sujeto histórico, las relaciones diplomáticas y públicas otorgan la estructura histórica que fortalece la argumentación y, por último, el paso problemático de una mentalidad colonial a la acogida de las ideas independentistas que establecen el proceso de cambio al presente republicano desde el que se posiciona Moreno críticamente.

La elección estética realizada por Moreno nos posiciona ante el problema historiográfico que busca resolver el autor con el tratamiento de sus fuentes, ya que su escritura delata la oscilación entre la lectura “documentaria” y la lectura de “ser-obra” de dichas fuentes. Esta distinción aportada por LaCapra explica mejor la voluntad interpretativa de *Últimos días coloniales...* amparada por el respaldo del archivo documentado y transcrito que expone Moreno en el volumen que acompaña a la narración:

Lo documentario sitúa el texto en términos de dimensiones fácticas o literales que implican la referencia a la realidad empírica y transmiten información sobre ella. El “ser-obra” complementa la realidad empírica con agregados y sustracciones. Implica por lo tanto dimensiones del texto no reductibles a lo documentario, que incluyen de manera preponderante los papeles del compromiso, la interpretación y la imaginación. (245)

Por lo anterior podemos afirmar que en la reconocida obra de Gabriel René Moreno, el personaje central es la escritura, si se la concibe

como el fundamento comprensivo que actualiza el referente histórico y lo lleva al plano de la individuación experimental del historiador trasterrado, cuya observación es crítica e irónica tanto de la letra como del molde con el que se han construido los relatos nacionales. Al mismo tiempo, se ha de entender la escritura como la práctica de élite —secreta y restringida— que pretendió ostentar la voz autorizada del orden y el régimen de las sociedades coloniales, pues ambicionó que su valor fuera circunscrito a la dificultad de su difusión, expansión y conocimiento. Lo anterior lleva a sospechar que donde emerge la escritura como tecnología restrictiva es porque de manera aleadaña se encuentra el fenómeno al cual restringir: el habla cotidiana. Esta será la antagonista de la escritura, así como de la historia oficial, vista desde la escritura mayor, autorizada y reglamentada. En la obra de Moreno, entonces, letra y habla se confrontan hasta generar el estallido independentista, amparado por un comportamiento peculiar dentro de la sociedad colonial: una polémica y disruptiva ciudad letrada.

2. *Últimos días coloniales en el Alto Perú* y la idea de ciudad letrada

Últimos días coloniales en el Alto Perú (2003)⁷ de Gabriel René Moreno es un texto compuesto por una creativa escritura histórica acompañada de una heterogénea selección documental, que relata lo sucedido en Chuquisaca, centro administrativo colonial del Alto Perú entre los años 1804 a 1809, es decir, durante el advenimiento de la eclosión independentista. La narración, que demuestra cierto apego al cuadro de costumbres no exento de humorismo, parte con un evento que removió la vida social cotidiana de la ciudad y que cambió para siempre el lugar de las autoridades reales en el espacio capitalino de las provincias altoperuanas: la llegada de un arzobispo nuevo. Este personaje

7 Para este trabajo consultamos y citamos la edición de la Biblioteca Ayacucho de 2003, dividida en dos volúmenes: el primero contiene el relato de los acontecimientos, mientras que el segundo reúne los documentos que respaldan la narración; estos últimos compilados y anotados por Moreno. La primera edición de *Últimos días coloniales...* se subtítulo —además— *Documentos inéditos sobre el estado social y político de Chuquisaca en 1808*, y se publicó en Santiago por la Imprenta Cervantes en 1896. Luis H. Antezana y Josep M. Barnadas indican que de esta hubo ediciones en La Paz (1940, 1970) y Buenos Aires (1945). Además declaran otra edición chilena de 1901, autorizada por Moreno y que incorpora la totalidad del corpus documental.

pronto se ganaría las antipatías del gremio universitario, que le haría contrapeso tanto en debates públicos y oficiales como en la calle; a este antagonismo se sumaría el de la Real Audiencia, cuya posición y potestad se verían seriamente amenazadas por la influencia del apreciadísimo arzobispo. De este modo, Moreno presenta la actividad social de la capital que se mueve entre discursos oficiales que despliegan erudición y elocuencia, entre debates airados en los que los sermones y sus reacciones alimentan el clima cotidiano para que la palabra y la opinión sean el centro. A las tres fuerzas del arzobispo, los universitarios y los oidores, Moreno suma una menos personal y controlable: la palabra y opinión del pueblo que le dará a los mandatos oficiales y a las intervenciones de los eruditos toda la variedad y el colorido de la lengua viva para, de esta manera, detonar el impulso revolucionario tan temido por las autoridades prohispanas, pues lo que Moreno nos indica a partir de su narración, es que fue en el encuentro inarmónico de la lengua oficial letrada con la lengua popular callejera donde la desavenencia entre sustratos sociales dio como resultado la incertidumbre ante el destino de las colonias hispanas, el fortalecimiento de los rumores independentistas y la resistencia al acato de cualquier orden oficial, a pesar de su aparente autoridad⁸.

Para mostrar el movimiento y la tensión de fuerzas, Gabriel René Moreno usó la expresión ciudad letrada, tanto para denominar la dinámica colectiva, como para señalar a algunos individuos que la componían; veamos algunos ejemplos:

Hemos dicho que el pensamiento revolucionario se abrió especulativamente paso por sí solo en ciertos cerebros de la “ciudad letrada”⁹;

8 Resulta relevante a este respecto el estudio de Román de la Campa “El desafío inoperado de *La ciudad letrada*” (2006), por ocuparse —en su lectura ‘epistémica’ apoyada en los planteamientos de Ernesto Laclau— de lo que en el texto de Rama implica la idea de ‘ciudad real’. Para de la Campa, en esta noción se deposita “la infinitud de lo social”, es decir, “el rejuego de posibilidades (...) que siempre exceden los límites de los órdenes representacionales y hacen imposible el concepto unitario de la sociedad” (42), el cual siempre se desborda y se disemina, aun por sobre los mecanismos que intentan constreñirlo: “La ‘ciudad real’ no es una demarcación estable, unitaria o inocente que ha sido maleada por la ciudad letrada, sino un problema relacional” (43). Desde allí Román de la Campa abre su argumentación para tratar el tema de la oralidad y su abordaje en el texto de Rama, con el fin de mostrar que el atisbo a la oralidad se da a partir de su carácter residual colonial y no como una presencia originaria.

9 Las cursivas son nuestras.

y este hecho, perfectamente comprobado hoy día, no tiene otra explicación que la anterior. Si las investigaciones no dan mérito hasta aquí sino para establecer inductivamente el hecho respecto del siglo pasado, han podido con todo allegar pruebas bastantes para demostrar de una manera indudable su existencia en la alborada del siglo XIX. (39)

[Don Mariano Moreno] es uno de los tantos casos análogos que muestran cómo a principios de siglo, por el desenvolvimiento natural de las ideas, la juventud estudiosa de la “ciudad letrada”¹⁰ se avanzaba por sí sola en el terreno especulativo, hasta tocar con eminencias deslumbradoras, muy capaces de tentar sus fuerzas inactivas, presentando en contraste a su ambición el abatimiento actual y las promesas brillantes de la libertad. (40)

Los anteriores fragmentos indican un peculiar uso del sintagma ciudad letrada. Por un lado, observamos su particularización en tanto comunidad de sujetos que recurren al intelecto (“cerebros”); así mismo se les otorga el reconocimiento de hacer fluir las ideas revolucionarias desde el “terreno especulativo”, es decir, no necesariamente desde el triunfo de la razón o del imperio de los signos. El modo en que figura la noción en la propuesta del historiador apunta a un singular uso de la letra: utilización intuitiva que se encuentra en un estadio previo al razonamiento instrumental. Lo relevante acá es tener en cuenta que el uso temprano de esta noción ya nos revela la abstracción de los movimientos letrados hacia la visualización de unas prácticas que en su dinamismo jugaron también a la restricción. Atendamos a otra de las descripciones de la ciudad letrada que ofrece la narración, ahora en cuanto a su *modus operandi*:

Reunida en real acuerdo con el presidente, la Audiencia tenía metida la mano en la esfera política y administrativa para ciertos negocios de supervigilancia. Muy diferente del gremio forense de doctores patrocinantes era el gremio universitario de los doctores opinantes, el cual extendía su magisterio fuera del claustro, las aulas y las cátedras sobre el espíritu y tendencias de la juventud alto-peruana. Mundo de disputas, de desvelos por la letra muerta, de

10 Las cursivas son nuestras.

empeños para el examinador, de antesalazos hasta por bedeles y porteros, de emociones al sonar el ánfora de los votos, de *ramilletes* después de obtenido el grado, de férula implacable en cambio de un acendrado título de doctor o licenciado. (5)

Con lo anterior podemos leer el característico comportamiento de los grupos letrados, pues su tendencia a “meter la mano” en asuntos políticos domina una parte de la vida social urbana, así mismo, el frente constituido por los “doctores opinantes” en el ejercicio del magisterio de manera ubicua manifiesta otro modo de dominación, a partir del saber decir que los distinguiría. Pero como no todo era solemnidad en el mundillo de vanidades y disputas en el que el uso del saber y del decir iban acompañados de una investidura de apariencia plenipotenciaria, Moreno desliza la representación caricaturesca de las ceremonias, los rituales de pseudocoronación que significaban tener el acceso y el derecho a ejercer desde la ostentación de un título.

Reconocemos por lo menos dos tendencias en el comportamiento de la ciudad letrada que ofrece Moreno: una, la revolucionaria especulativa; otra, la conservadora restrictiva. Sin embargo, ambos polos comparten la concepción sagrada de la letra y de la información con que esta puede operar en una sociedad en la que el secreto tiene tanto poder como la exhibición; o más bien, en la que la exhibición es otra forma de ocultamiento.

Por lo tanto, asumimos que el aporte de Moreno a nuestras actuales reflexiones teórico críticas es el de haber acuñado de manera práctica la idea de “ciudad letrada” como un particular comportamiento del orden discursivo tardo colonial, cuya disputa por el poder ostentador de la palabra autorizada no pudo dominar el sustrato de la lengua real que se alzó por sobre la letra escrita en las postrimerías de la vida colonial, y facilitó la dispersión del orden regulador y sagrado de la letra, la firma y el sello. En este sentido, consideramos que esta escritura historiográfica pretendió exponer la vitalidad de la usanza cotidiana en la que compartieron diferentes sustratos de la lengua viva que detonaría el impulso independentista, con todas las dispersiones y contradicciones que experimentaron las sociedades americanas del temprano siglo XIX. En otras palabras, lo que en Rama es concepto, categoría historiográfica y crítica, herramienta de análisis, en nuestro autor es evidencia, figura irónica, comportamiento fehaciente de la vida histórica (es decir, en

un estadio preconceptual), latencia de las sociedades decimonónicas que con el peso de la administración colonial, del conocimiento y la información batallaron hasta dar con la estampida heterogénea de posiciones antagónicas que cuestionaron los vínculos con las metrópolis que los hicieron colapsar.

Retomando la revisión de los procedimientos implementados por Moreno nos preguntamos ¿cuál es el mecanismo que utiliza Moreno para crear la ilusión de que Chuquisaca (“ciudad de Doctores”) es el epicentro de reyertas políticas y de grandes decisiones sociales que definirán el destino de todo un continente, en plena dinámica colonial? En primer lugar, Moreno muestra a Chuquisaca en su cruda apariencia como provincia aislada tanto del virreinato del Perú como del virreinato del Río de la Plata, pero afectada por ambos: “este pueblo era el cerebro de la sociedad entera en las altas y bajas provincias interiores del virreinato” (8), señala el autor. Al encontrarse tan aislada, Chuquisaca es presentada como cualquier otra provincia, o mejor, representa la provincia que es América del Sur y lo lejos que se encuentra de las noticias, movimientos y decisiones que le afectan desde la metrópoli: sus habitantes veneran al rey como venerarían al mismísimo Dios, es decir, sin evidencias de que exista; trasladan su devoción a la encarnación de la Corona en estas tierras, es decir, a la figura del arzobispo, “persona inmune y sagrada” (22), pues este se comporta como el vicario del rey y el pastor de sus ovejas (la sociedad criolla e indígena). Del mismo modo, al presidente de Charcas y a los oidores se les figurará como los opositores de las sacras decisiones, mandatos y ocurrencias del arzobispo, quien pronto dará señales de ser el guardián de los intereses de la monarquía: “Con los antecedentes que de Chuquisaca ya conocemos, no hay que extrañar la atención, a estas horas ya desmedida, que la ciudad letrada presta a las ocurrencias de la metrópoli” (229). En efecto, la narración presenta a los miembros de la ciudad letrada como los guardianes de las noticias, del modo en que debían ser conocidas y administradas las novedades que provinieran del centro regulador y, en consecuencia de las diversas maneras que estas podían tergiversarse. La creencia en la autonomía de los letrados es exhibida como inviable en la escritura de Moreno, pues su toma de decisiones estuvo supeditada al resguardo de los intereses todavía exteriores que aún amparaban a los grupos letrados y que les concedían privilegios.

También es posible apreciar, a lo largo del fragmentarismo escritural de esta narración, el hacinamiento de letrados que, con el exceso de opiniones controversiales, habitaban aquel espacio perdido en la sierra y alejado de otras influencias que no fueran las de los privilegiados oradores, pues “[n]o hay duda que una buena concepción probatoria era el hallazgo de mucho bulto en la ciudad letrada” (270), señala el narrador. Peleas castizas, discusiones en privado y a viva voz, necesidad no tan racional de tener la última palabra, despliegue público de autoridad amparada en el orden. Bajo la manta de este comportamiento, los letrados no habrían de presentir que una fuerza en expansión ejercería el contrapeso necesario para inclinar la balanza: el habla del pueblo¹¹.

2.1. El contrapeso de la lengua viva

Todo ese comportamiento aldeano delata su condición paradójica al estar atravesado por la compleja actuación de la ciudad letrada, que en este texto se hace relato vivo, como caricatura y simulacro de un poder que se ambiciona central, pero que no puede contener ni absorber la imparable lengua del pueblo, cuya influencia a partir de “corrillos”, “vocinglerías”, “vocabularios” y “caramillos” la desarticulan y le obstaculizan la tarea. Imposible no señalar acá lo apuntado por Ángel Rama respecto de la diglosia en las sociedades americanas, por lo mucho que se relaciona con lo narrado por Moreno:

En el comportamiento lingüístico de los latinoamericanos quedaron separadas dos lenguas. Una fue la pública y de aparato, que resultó fuertemente impregnada por la norma cortesana procedente de la península, la cual fue extremada sin tasa cristalizando en formas expresivas barrocas de sin igual duración temporal. Sirvió para la oratoria religiosa, las ceremonias civiles, las relaciones protocolares de los miembros de la ciudad letrada y fundamentalmente para la escritura, ya que solo esta lengua pública llegaba al registro

11 Resaltan L. H. Antezana y J. M. Barnadas la relevancia de los métodos de investigación de Gabriel René Moreno, los cuales eran poco convencionales para la época en la que escribe, pues acogió como fuente primaria la “historia oral”, a partir de entrevistas a informantes que habían atestiguado los hechos relatados. La autoridad de esta oralidad recogida a partir de preguntas guiadas fue una constante en sus obras, en esta en particular, pero sobre todo en las “informaciones verbales” que publicó aparte.

escrito. La otra fue la popular y cotidiana utilizada por los hispano-luso hablantes en su vida privada, de la cual contamos con muy escasos registros y de la que sobre todo sabemos gracias a las diatribas de los letrados. En efecto, el habla cortesana se opuso siempre a la algarabía, la informalidad, la torpeza y la invención incesante del habla popular, cuya libertad identificó con corrupción, ignorancia y barbarismo. Era la lengua del común que, en la división casi estamental de la sociedad colonial, correspondía a la llamada *plebe*, un vasto conjunto desclasado, ya se tratara de los léperos mexicanos como de las montoneras gauchas rioplatenses o los caboclos del sertão. (74)

El texto que acá estudiamos nos muestra que la distinción que establece Rama entre “lengua pública y de aparato” y la “lengua popular y cotidiana” no opera como diferenciación válida en la performatividad de la oralidad, pues como lo indica Carlos Pacheco (2003), la oralidad es ante todo evento y acción que funciona como una economía cultural productiva en convivencia con la lengua de aparato que se encuentra entramada con esta. Junto con las discusiones de eclesiásticos, bachilleres, oidores e incluso universitarios, se mantuvo activa e influyente la lengua del pueblo, del “populacho altanero” (5), que se encargó de dinamizar y entorpecer los planes ya contrapuestos de los letrados, cuyos intereses privados y muchas veces clandestinos chocaban y se exponían en la plaza pública con el mismo espectáculo que se llevaban a cabo los actos piadosos y oficiales.

En medio de estas trifulcas florece el espíritu independentista cuyo parto dificultoso, según Moreno, se logra a pesar del servilismo de los eclesiásticos y administrativos, la sujeción a la Corona de los indígenas y la escasa, tardía y deficiente información con la que operó la vida pública en una ciudad como Chuquisaca, ciudad alejada del ruido metropolitano, pero altiva en sus pretensiones capitalinas. A la juventud universitaria le adjudica el autor la simiente del impulso independentista como un “movimiento extraño y clandestino” (43) que tardó varios años en encontrar las condiciones de posibilidad para llegar a la plaza pública:

En Santo Tomás aprendían sin duda alguna los estudiantes de Chuquisaca sobre el derecho de resistencia al poder tiránico, sobre nulidad de las leyes injustas, sobre formas de gobierno, sobre

el pretendido derecho de conquista, doctrinas jurídicas abstractas que contenían oculto el germen de opiniones que acabaron por concretarse en contra del yugo español. (34)

De la abstracción a la acción: tal fue el comportamiento de los habitantes universitarios de esta ciudad letrada. Ya no bastaba con debatir las ideas a pleno sol, cual lección para la cátedra o para la titulación; el libre uso de estos saberes influenciado por la especulación y la opinión otorgarían las bases para los impulsos revolucionarios. Pero más allá de las reyertas orales de los letrados, es el pueblo chismoso, cuentista y figón la delicia del historiador boliviano en cuanto a su participación soterrada y procaz en ese contrapeso necesario que haría visible la insatisfacción criolla ante el disimulo patriótico de los favorecedores de la Corona, siempre y cuando esta fuera la que los beneficiara. Ese pueblo chismoso no fue solo el de los días de mercado, sino también el que participaba de los actos oficiales, la denominada *asistencia* (o “be-samanos”) que, para Moreno, seguía existiendo para finales del XIX, pero que a sus ojos había reemplazado la “pompa teatral de espectáculo” por el ocio y la comicidad del vecindario. La lengua de barrio mediante la cual se creaban y transformaban las noticias, se construían y destruían las reputaciones, esa lengua imparable y puntiaguda capaz de meterse en la vida privada y en el último rincón de las conciencias, sería el arma de doble filo de estas sociabilidades confiadas al flujo de la palabra:

El cercado de la confianza y familiaridad era allí florido, fructífero y amenísimo, pero también muy resbaladizo y lleno de alacranes y culebras. Con una palabra imprudente y de pasadera malicia solía trenzarse a las veces, en un abrir o cerrar de ojos, madeja de hablillas y tergiversaciones, que remataba en un embrollo de los infierros. Un gesto, una sonrisa, se convertían sin saber cómo en un áspid venenoso, que por senderos desconocidos iba a morder y a filtrar en los corazones el recelo y el alejamiento. Y sucedía que, una vez convertido el enredo en lo que llamaban nudo ciego, las animosidades y resentimientos consiguientes fermentaban en los ánimos hasta ir a parar en un estallido. De aquí en adelante la enemistad era abierta y los agravios cara a cara. Era entonces cuando se armaban, para hacerse guerra a muerte, esos bandos y parcialidades militantes con que están llenos los anales de esta colonia. (95)

Podemos apreciar en este fragmento la atención que el autor dedica al torrente de la lengua viva. Mediante el recurso retórico de la animalización se figuran los peligros del uso no restringido de la lengua: “alacranes”, “culebras”, “áspid venenoso”, animales que reptan e ingresan secretamente en los espacios privados para así sacar al escarnio público lo que se había resguardado de la mirilla ajena. Bajo la comparación con el tejido: “trenzas”, “madejas”, “remates” y “nudos”, expresa mejor Moreno lo que era la paradoja del comportamiento de villorrio, en donde todo se sabe, se comenta y se rumora, lo que crea una sensación de cercanía y seguridad para sus habitantes siempre y cuando los comentarios no fueran en contra de ningún particular; de ser así, la lengua amarraría, “remataría” el nudo que para muchos fuera la tabla de salvación: el comunicarse bajo la libertad de opinión.

Lo anterior recuerda lo apuntado por Juan Guillermo Gómez (2003) acerca de algunos textos de nuestro autor, pues el académico colombiano indica que en la obra de Gabriel René Moreno hay mucho más de presente que de pasado en su repaso de la sociedad colonial y que, en su evaluación historiográfica aprovecha para pronunciar su crítica a la cultura nacional de la que fue exiliado y sobre la que mantuvo un acendrado escepticismo:

Aquí, amigo, hay muchos perros, cerdos, gusanos, alacranes y uno que otro caimancito, a guisa de los basiliscos que después de una avenida quedan en los fangos del Nilo. Luciano nos cuenta la historia de un hombre convertido en un asno: pues yo estoy escribiendo las aventuras de ciertos reptiles que andan por ahí en figura de hombres. (Moreno citado por Gómez, 238)

Volviendo a la narración, la contraposición entre oralidad y escritura se filtra en el ya poroso comportamiento oficial de la lengua y hace tambalear hasta la incredulidad y desconfianza de los proyectos políticos de la iglesia y el desarme de las aspiraciones filantrópicas de los oídos. De modo que, ante las grandes palabras de la historia oficial que representan la inquietud independentista con el deseo de liberación del yugo español por parte de las grandes conciencias críticas criollas, los pequeños ejércitos de mártires y los grandes sacrificios heroicos, Gabriel René Moreno expone que la simiente de esas ideas no fueron los grandes idearios sino la chismografía del pueblo y las conciencias perversas. Fue la capacidad de la lengua viva para establecer la duda,

para “hacer novedad”, para “libelar”; pues si en sus manos no estaba la oposición, sí estaba la posibilidad de crear y expandir el rumor (fina tecnología de la oralidad) que desviara la orientación oficial de la palabra.

Los criollos usaban para ello con gracia incomparable la murmuración truhanesca de corrillo o de estrado. Más a menudo recurrían a la disputa so pretexto de actos civiles o eclesiásticos, lanzándose crueles ironías y vituperios en palestras como el ayuntamiento, la sacristía capitular, las juntas de gremios mayores, los locutorios de frailes, los claustros de la universidad. Estas eran las reyertas de clase fina y distinguida. Reduciéndose casi siempre a una gran papelada que iba a parar a los estrados forenses o a la real cámara, requería de una y de otra parte ardides y habilidad bajo de techo. (96)

Las clases inferiores preferían llanamente para desahogarse la luz del sol. Tan pronto como estallaba entre ellos un altercado, los mestizos abrían con violencia las puertas y salían a gritarse abominaciones a la calle. Usaban entonces con singular presteza tres idiomas a la vez: aimará, quichua y castellano. (97)

La vida histórica que acá se moldea y expone se aprecia mejor cuando se detiene en vislumbrar el aporte que los comportamientos no letrados realizaron al desarrollo de la lengua viva. Porque la historia no solo se escribía sobre pliegos, sino que se alimentaba con los insumos de la actividad callejera, se necesitó entonces enunciar y remarcar ese otro lado del vecindario letrado, en el que estos mismos sucumbían al rumor, a la falsedad, a la disputa pública y empapelada, imitando los comportamientos de los otros grupos que sin miramientos arreglaban o empeoraban sus conflictos en plena calle y a vista de los curiosos. En esta narración se nos recuerda que las escaramuzas públicas no se realizaban solo en la lengua oficial: el castellano comparte con las lenguas vernáculas la capacidad para ser vehículo de razonamientos y enredos; pero es además la “profesionalización” en el oficio del rumor, su perfeccionamiento a base de constancia y trabajo, pero sobre todo de intuición para saber cuándo sembrar las dudas y atizar las rencillas, la peculiaridad que para el historiador y documentalista tiene el sujeto criollo y que sin duda le permitió llevar a un nivel mucho más alto de desarrollo de la palabra oral y, con esta, la vocación de resistencia que nace de los sustratos móviles como lo fue el de los criollos, capaces de cambiar de bando a voluntad.

Llamábase entre los criollos vocabulario el cuentista al parecer simplemente indiscreto, que no callaba lo que debiera y sí más bien revelaba lo que supo o malició o atisbó. Malquistar el barrio, dividir las familias, promover, si fuera posible, algunos alborotos, eran por aquel entonces tarea poco ingeniosa o medianamente burda y hasta trivial en ciertos pueblos y aldeas. Para semejantes reyertas sobraba con la intervención de dos o tres vocabularios. Lo demás venía por sí solo.

El caramillo era un chismógrafo de aptitudes aventajadas para sembrar con mano invisible la cizaña de calidad fina y trascendente, y para cultivarla a oscuras con paciencia entre individuos destinados a llevarse en intimidad o en armonía. Su habilidad consistía en una perspicacia temeraria para la sospecha, y en una astucia hipócrita para atizar, sin compromiso de su parte, el fuego de las pasioncillas y menudas ruindades humanas. Los celos y la envidia eran los resortes de que se valía comúnmente el caramillo para producir esos arranques involuntarios del corazón, que uno quisiera al punto recoger y que él sin mentira crasa pasaba a soplar abultados o falseados en el ajeno oído. (97)

El narrador expone que el arzobispo hacía todos sus esfuerzos para despertar mediante su elocuencia piadosa la bondad económica de los pudientes y no tan pudientes habitantes del Alto Perú para apoyar al rey español exiliado y perseguido; el Presidente intentaba respetar el pacto de no hacer novedad mediante el silencio absoluto sobre las pesarasas noticias de la metrópoli: dimisión del rey, invasión francesa y exilio de Fernando VII. Pero, a este pacto de elocuencia y silencio no se acogió el pueblo, pues cuanto más se esforzaron las autoridades letradas por ocultar las tardías novedades llegadas de la metrópoli, más tiempo le dieron al pueblo de considerar de qué lado querría estar y este fue, por supuesto, del suyo propio.

De ahí en adelante, a la oratoria académico-política le aparecería un nuevo contrincante: el nudo corredizo de la lengua, que fuera un día el garante del imperio sacrosanto español, se movería peligrosamente a favor de “las malas lenguas, la suspicacia y la cavilación altoperuanas” (326). El fin de la Colonia es entonces para Moreno, no el comienzo de los idearios republicanos, sino el triunfo de la elocuencia callejera cuya efectividad radicó en el aluvión del “efecto oratorio” regulado, autori-

zado y decorado que pretendió funcionar a partir del beneplácito del papel oficial. El desborde intempestivo de la lengua del pueblo mostró una vez más que el predominio de la letra y de la toga comparecería tarde o temprano ante un juez con poderes extraordinarios: el derrumbe de la ley y la fácil propagación del rumor como verdad que pudo desafiar todas las normas del decoro y de los buenos modales con los que se pretendió administrar un sistema colonial profundamente fisurado y fragmentado. Desde la perspectiva historiográfica de Gabriel René Moreno, entonces, la ciudad letrada encarna un comportamiento propio de las sociedades coloniales que no pudieron contener ni regular la vida de la lengua y, por tanto, de la sociedad que la utilizara. Los códigos políticos, religiosos y civiles aprenderían pronto a habitar y a ser configurados por la actividad de esta fusión inarmónica, siempre productiva y dislocadora de los órdenes ideales.

Conclusiones y proyecciones

Para cerrar provisionalmente esta reflexión, permítasenos recoger lo hasta acá planteado: decíamos que la noción de “ciudad letrada” —que Ángel Rama elaboró en su obra póstuma e inconclusa, publicada en 1984—, se puede encontrar de manera adelantada en textos como el de Gabriel René Moreno, en donde claramente se aprecia un uso orientado a establecer la dinámica controversial entre las fuerzas letradas de aparato y la fuerza de la vida pública, constatada mediante el uso particular de una oralidad resistente, sinuosa y polémica. El uso del sintagma nominal no se trata solamente de una coincidencia feliz, pues se observa que es implementado de manera sistemática dentro de la obra de Moreno para mostrar un accionar particular de cierta élite cerrada, secretista, profundamente dominante y quebrada en su interior. No podemos decir, sin embargo, que se trata de un uso conceptual, pues carece de generalización y abstracción e incluso de cuestionamiento desde diversas esferas del conocimiento; por lo que no es posible leerlo teóricamente en el texto de Moreno, pero sí como una anticipación práctica y descriptiva de lo que casi un siglo después nos legó Rama.

Ello nos permite proyectar tareas necesarias para seguir contribuyendo al debate actual de la teoría crítica latinoamericana. Una de ellas indudablemente es la corroboración de la lectura que Ángel Rama hubiera hecho de los escritos de Gabriel René Moreno (un in-

dicio de ello es que haya sido incorporado al catálogo de la Biblioteca Ayacucho, aunque por ahora esto no es prueba suficiente). Otra es el levantamiento de la genealogía conceptual de la noción de ciudad letrada, evitando caer en los lugares comunes de la crítica, cuyo amparo en las escasas fuentes acusadas por Rama en su texto, caen en varias aporías, limitando el acercamiento al archivo latinoamericano. La tercera de las tareas pendientes puede ser la ampliación del criterio analítico al lugar de la oralidad en el estudio del temprano siglo XIX hispanoamericano, más allá de la palabra elocuente del discurso patriótico emancipador.

Quisiéramos cerrar retomando el aporte de Moreno al incorporar como elemento central de los acontecimientos más relevantes para la historia hispanoamericana —como lo fue el movimiento emancipador— el papel de la lengua del pueblo, pues esta incorporación no se hace de manera celebratoria ni mucho menos reivindicadora, sino más bien desde un relato irónico que pretende observar todas las capas de la vida histórica, pasando por la letra de los consagrados y por el habla de los chismosos. Todos los documentos son, para Moreno, también obra: obra colectiva, dinámica, susceptible de ser leída de manera irreverente para así comprender mejor los impulsos de nuestra pretendida modernidad.

Referencias bibliográficas

- Campa, Roman de la. “El desafío inesperado de *La ciudad letrada*”. Ángel Rama y los estudios latinoamericanos. Ed. Mabel Moraña. Pittsburg, Universidad de Pittsburg, 2006, pp. 29-53.
- Dabove, Juan Pablo. “Ciudad letrada”. *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. Eds. Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin, México, D.F., Siglo XXI, 2008, pp. 55-60.
- Gómez García, Juan Guillermo. “Gabriel René-Moreno”. *El descontento y la promesa. Antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX*. Medellín, Universidad de Antioquia, 2003, pp. 237-256.
- González, José Eduardo. *Appropriating theory. Ángel Rama's critical work*. Pittsburg, University of Pittsburg Press, 2017.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. “La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX”, *El intelectual y la historia*. Caracas, La nave va, 2011, pp. 57-108.

- Herrera Pardo, Hugo. “Errancias por el laberinto de los signos. En torno a *La ciudad letrada* y sus debates”. *Ideas secundarias. Relecturas, vi(a)gencias y proyecciones*. Ed. Jorge Cáceres Riquelme. Viña del Mar, Cenaltes, 2019, pp. 25-62.
- LaCapra, Dominick. “Repensar la historia intelectual y leer textos”. *Giro lingüístico e historia intelectual*. 1980. Elías José Palti (Prólogo y selección de textos). Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2012, pp. 237-294.
- Moraña, Mabel. “Ilustración y delirio en las fronteras de lo nacional o las fronteras de la *ciudad letrada*”. *Crítica impura. Estudios de literatura y cultura latinoamericanas*. Madrid, Iberoamericana, 2004, pp. 81-92.
- Moreno, Gabriel René. *Últimos días coloniales en el Alto Perú. Tomos I y II*. 1896. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2003.
- Pacheco, Carlos. *La comarca oral. Ficcionalización de la oralidad cultural en la narrativa latinoamericana contemporánea*. Caracas, Casa de Bello, 2003.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. 1984. Santiago de Chile, Tajamar Editores, 2004.
- Romero, José Luis. *La vida histórica*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.